

LAS TETAS DE LA REAL ACADEMIA

Casi todos los escritores se dedican a reprocharnos lo mal que utilizamos el lenguaje. Para no ser menos que los demás colegas, me sumaré a esta moda, porque queda de lo más culto. Y criticaré el mal uso de una palabra que contamina libros, periódicos y seriales sudamericanos. Todos deberíamos indignarnos y, sin embargo, nadie hace nada. La maléfica y peligrosa expresión que ha destrozado mi vida se ha colado como un polizón en nuestra habla cotidiana y la Real Academia, en vez de escandalizarse, hace mucho que ha acogido la nueva acepción de la palabra en el Diccionario.

¿Qué palabra es esa? Dudo en escribirla. La pantalla del ordenador parpadea al intentarlo (antes temblaban las plumas, pero ya nadie es tan antiguo). La palabra en cuestión es... seno. Una palabra que ha destruido mi vida.

Todo empezó hace mucho, cuando ciertos panolis, tratando de parecer finos, escribieron cosas tales como “le acarició los senos” en vez de “le acarició los pechos, o las mamas o, más a lo basto, las tetas. Hay mil maneras de decirlo, más o menos finas, procaces o metafóricas, pero no, los finolis han de decir “senos”. Y seno significa, etimológicamente, concavidad, hueco. Algunas mujeres son poco exuberantes, pero decir que son huecas es, en mi opinión, exagerar un poco. Como mucho, planas.

¿Cómo se llegó a semejante confusión? Tenemos varios senos en el cuerpo, por ejemplo, los senos nasales, esos que tanto duelen con la sinusitis. En mi infancia, yo no entendía cómo los protagonistas de mis lecturas obtenían algún placer al acariciar las narices de las heroínas, pero aquello era otro de los misterios sexuales que los adultos guardaban para sí. Y ya no digamos nada cuando el malvado (nunca el héroe), le oprimía los senos. Aunque mis profesores preferían tirarme de las orejas en vez de apretarme la nariz, me imaginaba lo que dolería aquello.

Existe otro seno, el seno materno, es decir, el útero. Yo sabía dónde estaba gracias un atlas de anatomía que examinaba afanosamente para intentar descubrir partes femeninas poco visibles (allí nació mi vocación médica). Imaginarme “pasar la lengua por el seno”, “descubrir el seno” o “manosear el seno” pobló de pesadillas mi mente impúber y puso en peligro mi incipiente heterosexualidad. Y a me decían mis amigos de entonces que las chicas sólo servían para meterles lagartijas por la espalda.

El seno siempre ha sido, refiriéndose a la zona mamaria, el incitante hueco entre ambos pechos que tanto incita a la espeleología visual masculina. O más bien era, porque, por culpa de cuatro finolis, ahora casi nadie emplea esta expresión. Y es una pena, porque empobrece el lenguaje de una forma lamentable.

La sabiduría popular ha encontrado rápidamente una expresión para dicha zona anatómica: “canalillo”. Es muy descriptiva, pero poco indicada para la literatura. En mil novelas hemos leído algo así: “El héroe apoyó su fatigada cabeza en el seno de su amada”. Ahora que Camilo José Cela ha muerto, ¿quién se atreverá a escribir

“El héroe apoyó su fatigada cabeza en el canalillo de su amada”? Yo no, desde luego.

Después de muchas vicisitudes, conseguí comprender que seno era pecho y no, como yo había supuesto, concavidad. Eso me trajo algunos problemas con el profesor de Religión –yo estudié en colegio de curas-. Parecía escandalizarse con mi concepto de Paraíso lactante. Pero cuando alguien moría, en Misa decían: “Dios lo acoja en su seno”. Si seno no era una concavidad, sino una teta, la eternidad tenía que consistir en una prolongadísima lactancia mientras tocabas el arpa. Ahora no me parece tan mala idea, pero como todo niño, yo no quería ser pequeño, sino mayor. Aquella regresión me horrorizaba. Así que decidí ser malo, malísimo, para ir al infierno y no tener que pasar todo el tiempo chupando la teta de Dios.

Así es como la imprecisión lingüística llevó a un inocente niño por la senda de la perdición. Fueron inútiles las reprimendas de mis padres y los castigos de mis profesores: Había decidido ser malo, y malo sería.

Una vida de vicio y perversión no ha hecho sino reafirmarme en mis malvados propósitos. Aún hoy en día, tras múltiples terapias con el psiquiatra, el trauma infantil me domina y siempre que veo un escote generoso, pienso que quiero ir al infierno. Y lo peor es que, a veces, actúo en consecuencia.

Para que luego la Real Academia no le de importancia a esto. Que Dios nos acoja en su canalillo.